

huevos son totalmente blancos y que tienen de tres á cuatro pulgadas de longitud. Preténdese también que la hembra permanece con sus hijuelos durante todo el año. Cuando el Condor desciende á las llanuras prefiere posarse en tierra: no anida sobre las ramas de los árboles como lo hace el Zamuro ó Gallinazo (*vultur aura*); así es que el Condor tiene las uñas muy rectas. Hago esta observación á causa de un pasaje de Aristóteles, en el cual este naturalista profundo asegura ya que las aves de rapiña, que tienen las garras muy ganchosas, no gustan de posarse en las piedras.

Las costumbres del Condor son idénticas á las del Lemmer-geyer de los Alpes: si no excede á este en magnitud, al menos le es superior en fuerza y en audacia. Dos Condores acosan no solamente al Ciervo de los Andes, al pequeño león Puma, á la Vicuña y al Guanaco, sino también á una Ternera: la persiguen por mucho tiempo, y de tal modo la hieren con sus garras y á picotazos, que la ternera desalentada y muerta de fatiga, tiende su lengua mugiendo: entonces el Condor se apodera de la lengua de que es muy goloso, y arranca los ojos á su víctima, que echada en tierra espira lentamente.

En la provincia de Quito el destrozo que los Condores hacen en el ganado, particularmente en los rebaños de vacas y ovejas, es muy considerable. Me han referido que en las sabanas de Antisana que se eleva cuatro mil y noventa y tres metros (2,101 toesas) sobre nivel del mar, se encuentran muchas veces algunos toros heridos en el lomo por los Condores que no pudieron apoderarse de ellos. Esto me recuerda las misiones del alto Orinoco, donde los colosales Murciélagos causan tantas heridas al ganado vacuno, que esta es una de las razones principales que se oponen en este país al establecimiento de las lecherías.

Saciado ya el Condor de carne y de matanza, se posa flemáticamente sobre la cima de las rocas más culminantes, y en esta situación muestra un aire de gravedad sombrío y siniestro. Lo mismo que el *vultur aura* deja aproximar al Hombre sin que se tome la molestia de alzar el vuelo. Por el contrario, atosigado por el hambre élévase el Condor á una altura prodigiosa y se cierne en los aires para abrazar de un golpe de vista el vasto país que debe proporcionarle su presa. Pero especialmente en los días más claros, cuando el aire estaba sereno, es cuando observé que el Condor y el Gallinazo (*vultur aura*) subían á elevaciones extraordinarias. Diríase que la gran transparencia de las capas de aire le sirve de aliciente para recorrer con la vista un considerable espacio de terreno, que en un día encapotado por las brumas, tal vez la vista penetrante de estos cazadores aéreos no pudiera abarcar.

En el Perú, en Quito y en la provincia de Popayan, hay la costumbre de apresar vivo el Condor por medio de lazo: otros viajeros han descrito ya esta caza extraordinaria que sirve especialmente para divertir los europeos. Matan una vaca ó un caballo: en poco tiempo el olor del animal que acaba de morir atrae á los Condores cuyo olfato es en extremo sensible; y se les ve acercarse en gran número, juntamente en aquellos lugares donde menos sería de presumir que existiesen algunos individuos. El ave come con una voracidad inconcebible. Comienza siempre por los ojos y por la lengua que son sus bocados favoritos, después la anatomía del cadáver se hace por el ano para llegar fácilmente á los intestinos. Cuando los Condores tienen el vientre demasiado repleto se encuentran muy pesados para volar, y entonces es cuando los indios los persiguen con lazos y los cogen fácilmente. Asegúrase que el Condor hace unos esfuerzos extraordinarios para emprender su vuelo, y solo lo consigue cuando fatigado por tanta persecución, llega á vomitar abundantemente. Sin duda á causa de estos esfuerzos alarga y encoge su cuello el Condor y acerca la garra á su pico. Esta maniobra ciertamente accidental, es

causa de que digan los moradores del país que el Condor para salvarse y para provocar el vómito, introduce el dedo de la pata en su pico. Pongo muy en duda que la garra del Condor pueda hacer cosquillas con bastante suavidad en aquella parte para excitar el vómito. Los españoles llaman á esta caza *correr los Buitres*, y después de las funciones de toros es la diversión predilecta de los campesinos. Fácil es adivinar con qué crueldad son tratados los míseros Condores cuando caen vivos en poder de aquellos indígenas: no sufriría más un insecto entre las manos de un entomologista.

Me han asegurado en Rio-Bamba, que para facilitar la caza de los Condores se introducen algunas veces yerbas venenosas en el vientre del animal que debe servir de cebo. Los Condores caen en tal caso como si estuviesen ébrios. Es una imitación de la pesca con el *jacquinia armillaris*, ó el *piscidia* pesca á que los españoles son muy aficionados.

Después de preso el Condor se muestra tímido y parece triste durante la primera hora, pero no tarda en revelar su maligno carácter. Tuve en Quito por espacio de ocho días una hembra viva en el corral de mi casa y era peligroso acercarse á ella, pues el miedo la había hecho muy arisca.

Dícese vulgarmente que el Gato tiene siete vidas, y otro tanto pudiera decirse del Condor que tarda más en morir que cualquiera otra ave de las Rapaces. Hallándonos en Rio-Bamba y en casa de nuestro amigo don Javier Montufar, corregidor de la provincia, asistimos á los experimentos que hicieron los indios con un Condor para matarle. Comenzaron por extrangularlo con un lazo, y ya colgado de un árbol tiraron con fuerza por los pies durante muchos minutos: apenas le descñieron el dogal, se puso á pasear el Condor como si tal cosa le hubiese sucedido. Le apuntaron con una pistola cuya carga era de tres balas, casi á boca de jarro, y todas penetraron en su cuerpo: estaba herido en el cuello, en el pecho y en el vientre, y sin embargo se mantuvo en pie hasta que otra bala que chocó contra el fémur le hizo caer en tierra. El corregidor don Juan Bernardo Leon, á la bondad del cual debo muchas noticias del mayor interés, por lo que respecta á los animales del reino de Quito, asistió á este curioso experimento.

Solo murió el Condor media hora después de las numerosas heridas que recibiera y Mr. Bompland ha conservado por mucho tiempo la bala que rechazó al ser despedida contra el fémur. Por muy extraordinaria que parezca esta observación, salgo garante de su exactitud porque se hizo á mi vista el experimento.

Cuenta el astrónomo Ulloa que en las regiones frías del Perú el Condor suele tener la piel tan copiosamente provista de plumas, que pueden dispararse de ocho á diez balas contra el cuerpo del animal sin que ninguna le cause daño.

El condor que nosotros reconocimos estaba lleno de una inmensidad de piojos morenuzcos que por olvido no llegué á describir: es de una especie diferente del *pediculus vulturis* que Fabricio describió, y sin embargo también debe vivir sobre los buitres de las Indias.

Es del mayor interés observar que el Condor prefiere los cadáveres á los animales vivos, aunque se alimenta alternativamente de unos y de otros. Con todo hace una guerra más declarada á los Cuadrúpedos que á las Aves.»

Extractado hasta aquí lo más interesante de la memoria de Mr. Humboldt lo mejor que podemos hacer es citar otros detalles no menos curiosos recogidos por Mr. Alcides de Orbigny, para que la historia del Condor nada deje que desear.

El Condor exhala como los demás buitres, un fuerte olor á carne podrida, que sin duda debemos atribuir á su género de alimento. Ninguno de los autores que